



"La pérgola de las flores", nuevamente
Un pedazo del país

Dicen que es la obra más vista por el público chileno en toda su historia. No es raro. *La pérgola de las flores* tiene la inteligente combinación que necesita una comedia musical: temática popular, música resonante, diálogos ingeniosos, referencias a la historia política chilena, personajes reconocibles y estructura tradicional.

Una función cualquiera de las que exhibe el Nuevo Teatro Cariola desde la semana pasada confirma un ritual que se viene prolongando hace 28 años, cuando la estrenó el entonces Teatro de Ensayo de la Universidad Católica: un público popular (no es el tradicional del teatro en Chile) tararean las canciones, se ríe con las caricaturas de las piticuas; se lameca por la Carmelita (Marcela Medel) y se alegra de que la pérgola de San Francisco –una vez más– no sea demolida, para permitir el ensanche de la Alameda de las Delicias en el Santiago de 1929. Difícilmente este identificación masiva y homogénea se produzca en Chile con otra obra teatral, o si siquiera con otro fenómeno artístico.

Pese a ser un acontecimiento popular, *La pérgola...* ha sido, curiosamente,

poco estudiada desde la perspectiva de los mecanismos que permiten ese arraigo en la gente. No obstante su éxito, las referencias en investigaciones y publicaciones son pocas, desechándose el asunto en pocas líneas. Menos más: su trascendencia no viene de la profundidad del mensaje existencial ni de la extensión de su propuesta innovadora, sino porque, entre otras cosas, sintetiza uno de los temas más populares y conocidos en la dramaturgia chilena del siglo XX: la oposición campo-ciudad y tradición-modernidad.

Así, *La pérgola...* revive y condensa el mito de obras anteriores y de toda una estética, donde el depósito de pureza, ingenuidad, tezón y vitalidad está en las afueras, en el campo, mientras que la ciudad representa la decadencia, la posse, el desamor, el interés y el lucro. Tomás (Jaime Azkarr) es en rigor un trasplantado: ahora su escopio de Limeche y desprecia Santiago. El y la Carmela son jóvenes, abusados, de una sola cara. Se enamoran y desgraciados de algunos devaneos amorosos de ella –que sirven para mostrar precisamente la decadencia santiaguina,

ya, sobre todo de la clase alta– se van a vivir al "campo-lindo, campo bueno". Allí quedarán los bocinazos, los carabineros, las señoritas empingotadas; las niñas con cara de lata y las movidas del alcaldé. Así se reconstituye el paraíso perdido, después de la odisea que debieron pasar los enamorados para sobrevivir.

SABOR A HOMENAJE

Simultáneamente con este ajuste, la batalla por mantener la pérgola de San Francisco se gana. Aquí se crucea otro mito –más general y permanente– que amplifica su popularidad: es un grupo social organizado el que invierte la decisión oficial y mantiene su lugar de trabajo, mostrándose de pesada y picarmenta, la corrupción criolla en las decisiones edificias, porque el urbanista Valenzuela consigue igualmente un proyecto de envergadura gracias a los buenos oficios de su tía Laurita. Todo ello en plena dictadura de Ibáñez.

En este y otros aspectos domina la misma visión de *La pérgola...*, clave para su popularidad: la perspectiva es

46 Apolo 149, del 25 de abril al 1º de mayo de 1988

3323

siempre de una clase baja o modesta. De allí que la mirada hacia los poderosos sea satírica, ridiculizando un modo de hablar, moverse y comportarse, el que aparece como poco natural,

impuesto. Todas estas lecturas posibles son hechas por el público actual –que participa activamente–, mucho más de lo que Hildora Aguirre y Francisco Flores del Campo –los autores

de la obra– jamás se hubieran imaginado.

La versión del Nuevo Teatro Cariola –remozando ahora para ofrecer dramaturgia nacional– es la quinta desde 1960, si no se toman en cuenta las diversas reposiciones del Teatro de Ensayo. En este montaje, que nuevamente dirigió Eugenio Guzmán, la actuación y destreza profesional suple una cierta modestía en la infraestructura material, que se refleja principalmente en la escenografía.

La puesta tiene un emotivo saludo a homenaje al teatro chileno, porque redime a varios de los actores más trascendentales de las últimas décadas: Anita González (la primera doña Rosaura, ahora con mayor vitalidad aún), Mireya Vela, Tennyson Ferrada, Violeta Vidaurre, Ramón Núñez, Jaime Azkarr y Alberto Chacón. Ellos, unidos al grupo más joven, construyen un espectáculo alegre y sentimental que devuelve al espectador la emoción de reconocer sobre el escenario un pedazo del país, incluso hasta en algunos de sus parlamentos simples e inmemoriales: "Aquí le traigo a mi sobrina. ¡Saluda, pos, niña!", J.A.P.



La Carmela (Marcela Medel) de una sola cara.

AUTORÍA

Piña, Juan Andrés, 1953-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un pedazo del país [artículo] J. A. P. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile